# El alba de la alegría

El alba del alhelí es el alba de la alegría. No vamos a tratar de interrumpir ahora el largo paralelismo Lorca/Alberti, pero sí a puntuar lo que nunca se puntúa: Lorca es un trágico nato (cruentamente corroborado por la vida), y Alberti es un jubiloso nato (cruentamente desmentido por la vida).

La famosa alegría de Lorca hoy bien sabemos que era generosidad y socialidad. Una lectura decisiva de su obra (yo la hice una vez) nos descubre al atormentado precoz. Y esto se confirma póstumamente con los *Sonetos del Amor oscuro* y *El público*. Muy a la inversa, Rafael Alberti es un alegre natural, un poeta de la alegría, del optimismo inocente del mundo, enseguida nublado por un dolor que no le viene de dentro, como a su amigo, sino de fuera: es un dolor histórico, social, biográfico. Lo que Alberti hipoteca al cancelar su compromiso con la «poesía burguesa» es el bloque de luz de su alegría, la mañana permanente en que había vivido. Claudel dijo de Rimbaud (interesadamente, claro, y sin saber negarse a la brillantez de la fórmula) que Rimbaud era «un místico en estado salvaje». El primer Alberti, entre mares, tierras y alhelíes, es un panteísta en estado salvaje, sólo corregido por la fina herencia andaluza, toda línea; contención e intención.

Esta alegría primera y matinal de Alberti le lleva luego a ser antólogo/entomólogo de alegrías: la de la pintura, la del Renacimiento, la del juego, la de los ángeles. Es la suya una cultura de la alegría. Sin perder la condición recental de sus primeros libros, Alberti diríamos que iba a convertirse en un erudito de alegrías: todas las del arte, la música, la Historia, han acudido a posarse en sus endecasílabos milagrosos y rigurosos.

Hablaba me parece que Breton de que hay que ser héroe tres veces. Alberti es mártir tres veces: como poeta, como hombre, como *alegre*. He aquí que el gran profesional de la alegría en la poesía de su generación (lo de Guillén es otra cosa, es optimismo de la razón más que alegría de la sinrazón) ha de ser quien primero y más sacrifica su vocación festiva al momento histórico, al trance político, al pacto del hombre con los hombres. Y la ira y el dolor y la tristeza y la angustia y el coraje y la acción van entrando en sus libros, verso y prosa, y los barroquizan, lo cual es bueno y enriquecedor para leerlo todo ahora, pero hay que ser conscientes de que el lírico más

beligerante de nuestra Historia no había nacido para eso, y aquí se dobla o multiplica el peso biográfico, trágico, del poeta del Puerto.

Ocurre que otro hermano suyo en tantas cosas, Pablo Neruda, es también un hombre enriquecido gideanamente por todos los alimentos terrestres, un poeta de las mañanas del Pacífico o de los cielos escandalosos de estrellas. Y asimismo Neruda entra en religión, impone estameña a su poesía y se hace mitad lírico, mitad épico. Sería largo e interesante de estudiar este *compromiso* vocacional de los hombres más claramente nacidos para ser felices. O quizá resulte todo muy sencillo: optimista es el que más abiertamente recibe la generosidad del mundo, y esta generosidad le lleva luego al optimismo negro de luchar por todas las causas perdidas.

Profundos escépticos, en cambio, como Luis Cernuda (por no salirnos de la generación, que ofrece ejemplos para todo), se limitan a criticar en vida y obra, con justicia, pero con distancia. Su pesimismo o su escepticismmo les impide la acción.

Y esto de ser un poeta de la alegría, esto de dar el mundo por resuelto antes de empezar a cantarlo, ¿no lo entenderán algunos como superficialidad? ¿Es fatal que lo lírico nazca del conflicto con uno mismo o con el mundo? Creemos sencillamente, y sin enredarnos más en signos de interrogación, que el dolor no es más profundo que la alegría, que la sombra no tiene mayor prestigio que la luz. En cualquier literatura pueden encontrarse poetas de ambas razas y la alegría, desde luego, es milagro y misterio en el hombre, como la angustia.

El poeta hace su obra con los materiales que el mundo le dona. La poesía es por excelencia lo donado. El taciturno Breton no es más *profundo* (qué vergüenza da escribir todavía esta palabra) que el exultante/exaltante Apollinaire. Aunque uno ha cultivado más, como lector y estudioso, a los poetas de lo oscuro (la famosa «parte maldita» de Milton, Blake, Bataille, Mayer, etc.), siempre hemos vivido mirando de reojo para esa otra raza de luz y velocidad que son los grandes poetas *alegres,* por decirlo pronto y mal. Entre ellos, en toda nuestra lírica barroca y sombría, en nuestro y *su* variado 27, Rafael Alberti es un Miguel Ángel de la alegría que, con voluntad macho y *alegremente,* se ha metido en todas las bocas del gran lobo del siglo.

Tan cerca siempre de su humanismo común y poético, salva uno cada día, en lecturas y relecturas de Alberti, a este claro caballero no de rocío, pero de sal gaditana y luz excesiva, o sea justa. La alegría del alhelí al alba se quebró enseguida, primero en la autobiografía y luego en la Historia. Hoy, devuelto por la vida a la vida, no ya rehén de exilios y países, lo nuestro es comernos unos mariscos con vino, respirando yo su joven olor de marinero en tierra, que no le ha dejado nunca.

**Francisco Umbral**